

Negroides, simuladores, melancólicos

El ser nacional en el ensayo
literario colombiano del siglo XX

Efrén Giraldo



FONDO EDITORIAL UNIVERSIDAD EAFIT

Giraldo Quintero, Efrén Alexander

Negroides, simuladores, melancólicos : el ser nacional en el ensayo literario colombiano del siglo XX / Efrén Giraldo. -- Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2012.

256 p. ; 15 cm. (Libellus)

Incluye bibliografía

ISBN 978-958-720-138-3

1. Ensayos colombianos – Crítica e interpretación. 2. Ensayos colombianos – Historia y crítica – Siglo XX. I. Tit.

C864.9 cd 21 ed.

G516

Universidad EAFIT-Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Negroides, simuladores, melancólicos

El ser nacional en el ensayo literario colombiano del siglo XX

Colección **Libellus**

Primera edición: octubre de 2012

© Efrén Giraldo

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 48A No. 10 sur - 107 tel. 261 95 23

Medellín

ISBN: 978-958-720-138-3

Agradecimientos

Quiero agradecer a la Universidad EAFIT, que en el año 2010 me dio la oportunidad de proseguir mis pesquisas doctorales sobre el ensayo y el pensamiento colombiano con cursos y actividades investigativas. Estoy especialmente agradecido con la Maestría en Hermenéutica Literaria, cuya coordinadora, la profesora Clemencia Ardila, me invitó a estudiar procesos de autfiguración en el ensayo colombiano en un proyecto de investigación realizado entre 2010 y 2011 con los estudiantes del programa. A los integrantes del grupo, Carlos Salazar, Sergio Palacio y especialmente Camilo Galeano, les agradezco la participación en las discusiones,

así como sus aportes y comentarios, de los cuales he sido el primer beneficiado. Estoy también en deuda con Carlos Vanegas, Camilo Suárez y Juliana Congote, lectores del texto. Consigno aquí mi reconocimiento para el Fondo Editorial Universidad EAFIT y especialmente para Natalia Maya, quien hizo que este trabajo se materializara. Por último, deseo agradecer a Jorge Giraldo, decano de la Escuela de Ciencias y Humanidades de la Universidad EAFIT, quien me animó a redactar este trabajo acerca de reflexiones ensayísticas sobre la nación, me orientó en lecturas y compartió conmigo valiosas impresiones sobre los autores trabajados. Sus referencias a la historia del pensamiento colombiano, su interés en autores antioqueños como Cayetano Betancur o Fernando González y su disposición a la conversación hicieron que este pequeño trabajo existiera y encontrara en el destino editorial su mejor hospitalidad.

Medellín, septiembre de 2011

Tabla de contenido

Presentación	11
Negroides, simuladores, melancólicos. El ser nacional en el ensayo literario colombiano del siglo xx	27
Trece tesis sobre la lectura ensayística...	241
Bibliografía.....	247

*La pertenencia es una ficción personal,
una apropiación imaginaria de lo existente*

Julio Premat, *Héroes sin atributos*

Presentación

Este texto se deriva de una investigación doctoral sobre el ensayo colombiano realizada entre los años 2007 y 2010. El trabajo, que tenía por título *Autonomía en el ensayo literario colombiano del siglo xx*, indagaba en los factores que definen en Colombia los límites estéticos de la práctica ensayística. Además, mostraba cómo en algunos casos fronterizos (Baldomero Sanín Cano, Hernando Téllez, Nicolás Gómez Dávila) se podían hallar factores para la discusión sobre la presencia de un género incomprendido en el canon literario nacional.

A diferencia de otros países, en Colombia el ensayo ha sido escasamente considerado por el establecimiento académico y editorial, tal como

lo demuestran las pocas antologías nacionales, la ínfima presencia de los mejores ensayistas en las historias literarias colombianas y la virtual inexistencia de sus prosistas de ideas en las compilaciones, críticas e historias del ensayo hispanoamericano. Fenómeno adicional es que, casi con exclusividad, sea estudiado por sociólogos e historiadores de las ideas que, al carecer de herramientas literarias, no logran explicar su dimensión estética. Cuesta creer que la primera antología importante sobre ensayistas de nuestro país fuera realizada hace treinta años y que el primer texto significativo de crítica haya sido publicado por una editorial colombiana apenas una década atrás. Mientras en México ensayistas como Alfonso Reyes y Octavio Paz constituyen figuras fundamentales de su tradición literaria, en Colombia los exponentes que podrían ser considerados equivalentes se hunden en la incompreensión de investigaciones académicas solo interesadas en los temas políticos o sociales desarrollados por el ensayo, cuando no es que desaparecen en las lagunas históricas de procesos editoria-

les discontinuos y recepciones fragmentarias. Mientras en Argentina la historia literaria se ha construido con un hilo conductor ensayístico (de Sarmiento a Macedonio, y de Borges y Cortázar a Piglia o Saer), en Colombia la hegemonía de poetas y novelistas es sofocante y no permite ver cuántas ideas estéticas movilizadas por el ensayo hay en generaciones y movimientos como el modernismo, el indigenismo, la novela de la violencia, la narrativa urbana o el *Boom*. Si en Perú los ensayos de Mariátegui han trascendido como modelos de comprensión literaria desde la posición subalterna del indígena, en Colombia el texto contemporáneo del boyacense Armando Solano no cuenta con reconocimiento semejante. Mientras en otros países no hay problema en reconocer al crítico como una suerte de escritor que obra también con los recursos de la imagen, la expresividad y la ficción, en Colombia aún hay dificultades para aceptar la índole imaginativa y plástica de obras críticas construidas desde el ensayo literario, si pensamos en las que desarrollaron ensayistas que se asumieron a sí mismos como escritores “de imaginación”, que tenían en

el ensayo un instrumento expresivo más: Jorge Zalamea, Eduardo Mendoza Varela, Marta Traba, Rafael Humberto Moreno Durán, William Ospina son casos emblemáticos, tanto de un logro como de un olvido en la estima literaria.

La inexistencia de trabajos abarcadores y comprensivos sobre un ensayista como Baldomero Sanín Cano, cuya vitalidad y singularidad se equiparan con la de cualquiera de los grandes clásicos ensayísticos de Hispanoamérica, solo se compara con el sorprendente destierro que ha sufrido el más importante ejercicio de autofiguración literaria realizado en Colombia: el de los diarios, meditaciones y confesiones de Hernando Téllez. Vale la pena recordar por otro lado que solo muy recientemente la academia y el mundo editorial colombianos descubrieron las notas, escolios y fragmentos de Nicolás Gómez Dávila, autor en el que la crítica europea había ya visto a uno de los más importantes aforistas del siglo xx. Un reconocimiento internacional que coincide con el desconocimiento de su trabajo por parte de lectores y críticos colombianos o con el desdén de académicos que sobreponen su

ideología al examen de los valores estéticos de su obra.

Es importante señalar que esta discontinuidad en los procesos de reconstrucción de la tradición ensayística colombiana está influida por dos factores: la transformación del campo editorial en un renglón de las industrias del entretenimiento y la crisis del intelectual. Este último es una figura que en la sociedad del espectáculo se halla casi desaparecida, a instancias de opinadores cada vez menos interesados en la dimensión heroica del ensayista, ese artífice de ideas que atiende tanto la coherencia conceptual de sus construcciones como la eficacia retórica y la perdurabilidad de las formas empleadas.

Como es de suponer, si esta es la fortuna crítica de nuestros más relevantes ensayistas (el cuarto en la lista anterior de omisiones podría ser Fernando González), poco hay que añadir a importantes piezas dispersas del ensayo literario colombiano que, por haber sido publicadas al margen de los procesos de canonización comercial de la industria literaria, simplemente son desconocidas para el público lector y, aun, para

los mismos estudiosos de la literatura colombiana: las crónicas de Jaime Barrera Parra y Luis Tejada; las impresiones de viaje de Armando Solano, Fernando González, Eduardo Mendoza Varela o Ernesto Volkening; los escritos didácticos sobre historia natural de Joaquín Antonio Uribe y las novelas-ensayo de Jaime Alberto Vélez son textos que deben recuperarse para el estudio del ensayo y el pensamiento colombiano, pese a su difícil ubicación en el sistema de géneros. Grandes sectores de nuestra tradición intelectual anidada en la literatura permanecen inexplorados y es tal vez tarea de los estudios literarios iniciar un examen de manifestaciones que se dieron, no solo en el ensayo o en la crítica, sino también en géneros incluso “menores”, como la crónica, el artículo o el cuadro de costumbres.

Este interés de recuperación condujo a una pesquisa donde se propone, en última instancia, el valor estético del ensayo y su posible pertenencia a ese grupo de objetos con funciones estéticas merecedores de la consideración crítica. En cierto sentido, lo que se buscaba no era “el ensayo” (definido de manera concluyente a partir

de una teoría esencialista), sino “lo ensayístico”, circunstancia que podría explicar el pluralismo de subgéneros abordados. Se puede recordar cómo, solo para poner un ejemplo, la novela del siglo xx evolucionó a partir de una confrontación con las potencias del ensayo, tal como ha sido estudiado por Claire de Obaldía. Fruto del tal interés, se adelantó en el año 2011 la redacción de un trabajo investigativo sobre el ensayo literario colombiano del siglo xx que llevaba la pregunta por el género más allá de Sanín Cano, Téllez y Gómez Dávila. El libro apelaba, en su título, a una designación metafórica para caracterizar la personalidad ensayística: *Orgullosa cortesía*. Ese trabajo, aún inédito, exploraba el ensayo colombiano, no a la luz de sus desarrollos temáticos, tal como lo han hecho la historia intelectual, la sociología del conocimiento y todas las otras formas de aproximación a la escritura argumentativa que encuentran lugar en las escuelas de literatura, sino a través de una serie de perfiles con los que se podría dar singularidad, hablando en términos estéticos, a una forma de escritura “liminar”. El impulso aforístico,

el autorretrato, la emancipación intelectual, la erótica de la lectura y la tradición del libro monstruoso se dan como formas de elaboración literaria centradas en el tratamiento artístico de la argumentación, así como en modos de generación de conocimiento que superan la mera declaración informativa o el tratado.

Luego de la redacción de esa pesquisa, quedó claro que una aproximación al ensayo literario colombiano no podía pasar por alto un grupo de textos que abordaron, a lo largo de del siglo xx, el arduo problema de la definición de lo nacional, lo regional y lo continental. Las lecturas, a través de las cuales fueron surgiendo reiteraciones temáticas y regularidades formales, así como singularidades y extrañas maneras de modelar la experiencia crítica e interpretativa, mostraron que el *corpus*, pese a carecer de la solidez y las alturas cualitativas del ensayismo mexicano, argentino o cubano, merecía una aproximación o una reseña “general”. Fruto de esta selección fueron apareciendo autores y obras poco estudiados en la actual agenda. Y, casi con seguridad, nunca antes considerados en

la academia colombiana como piezas literarias que integran un conjunto unitario, al que podríamos definir como una suerte de “ensayo de interpretación” de los elementos que definen la nacionalidad. Luego de la lectura, quedó claro que varias piezas contenían méritos hermenéuticos y estéticos que valía la pena poner de presente, así fuera en una consideración somera y una exposición divulgativa. Ya el mero hecho de reunir tales textos, pensamos, puede atraer la atención sobre una subespecie textual escasamente analizada en Colombia y contribuir al interés por el ensayo.

Como en las otras líneas ensayísticas estudiadas en trabajos anteriores, quedaba un problema: ¿Cómo establecer, entre varios textos argumentativos que buscan entender la condición colombiana, aquellos que pudieran definirse como “literarios”? Si el punto de mira es lo ensayístico, o el ensayismo, y no algo que pueda definirse como “ensayo”, ¿no habría que hacer lo mismo con la literatura y lo literario? ¿Con qué argumento dejar “por fuera” reflexiones sobre la historia, la política o la geografía como

las que se hallan en los textos de Jaime Jaramillo Uribe, Luis H. Fajardo o Alejandro López? En este punto, como lo saben el antólogo y el historiador de la literatura, se halla quizás uno de los escollos más difíciles de solucionar. Sin embargo, la crítica literaria se reserva la posibilidad de armar constelaciones a partir de preferencias y afinidades, y no necesariamente de listas exhaustivas de cotejo o inventarios sometidos al imperio de variables y recurrencias estadísticas. Es por ello, que aparecen en este libro ensayos escritos por “escritores”, es decir, por autores que de cierta manera atribuyeron su trabajo al interés literario y a la fruición estética, más que a la indagación científica o a la pesquisa filosófica y especializada. Aunque también, por supuesto, más allá de esta controversial afiliación autoral, deben tenerse en cuenta razones “de contexto”, como que muchas de esas piezas fueran recibidas en su momento, no como aportes analíticos académicos, sino como lecturas que contribuían a construir una imagen más amplia de la cultura colombiana y latinoamericana. Adicionalmente, debe tenerse en cuenta que

hoy el ensayo es considerado como una forma de “literatura potencial”, siempre en transacción con el valor estético, ya que no tiene (y tal vez no desea) una presencia definida en la historia literaria. De manera que, en lugar de lamentarse por la pertenencia o no del ensayo a la literatura, es mejor celebrar su carácter excéntrico y su capacidad para entrar y salir de los procesos más inmediatos de consagración, así como de entender que los ejemplos comentados se ven dominados por la primacía de la subjetividad, por la insistencia en los poderes cognitivos de la imagen y por la capacidad de establecer figuraciones verosímiles, aspecto en el que los ensayos colombianos estudiados pueden tener vínculo con las ficciones fundacionales o con las diversas formas de imaginar una comunidad que se ve en las representaciones “populares” o “cultas”. Queda, por supuesto, como aspecto final de la discusión, el mérito formal de esas construcciones y su propio proceso de *estetización* de la experiencia perceptiva y analítica.

No es este el espacio para definir los alcances del ensayo como literatura (una literatura que es,

no solo “de ideas”, como se afirmó a finales del siglo XVIII), pues es una discusión que compete, no solo a la teoría de los géneros, que no interesa exponer aquí, sino también a la sociología del arte, ocupada en determinar la variación de las ideas y prácticas artísticas en el contexto interno de los campos de producción simbólica, como explicó Pierre Bourdieu en su obra *Las reglas del arte*. Predominan en este trabajo los textos donde se intentan imágenes probables y no construcciones definitivas, donde las teorías y disciplinas (que también pueden nutrir al ensayista) se recurren, no para establecer un paradigma externo de construcción de la verdad, sino para problematizar las categorías existentes y producir nuevo conocimiento, en diálogo con la tradición y la actualidad. Los ensayos, desde esta perspectiva, son también fabricantes de representaciones. Son textos que, además de su construcción singular (aspecto que en muchos casos conectamos con el valor estético y literario), poseen una capacidad de generar subjetividad a través de la imaginación, allí donde las ciencias sociales no han fijado sus toldos o han perdido capacidad referencial.

Como explicó Theodor Adorno en su poética fundadora, el ensayo se rebela contra el espíritu de sistema y niega los engaños totalizadores, razón por la que, en muchos casos, es probable que los textos aquí mencionados dejen insatisfecho el deseo de una intelección estable y ordenada de la nación. Razón que, como señaló Liliana Weinberg, no obsta para reconocer la dimensión hermenéutica y el aporte humanístico de tales textos. La discontinuidad de los procesos históricos y la inestabilidad de las instituciones parecen encontrar paralelo en una forma en la que vemos pensar al ensayista (el ensayo como lugar es una hipótesis a explorar) y los conceptos no están dados como aserciones definitivas, sino que se van construyendo en una dinámica performativa que encuentra campo privilegiado en la indefinición y el conflicto de las interpretaciones.

En buena medida, el ensayo literario hispanoamericano ha encontrado un lugar problemático frente a dos polos de exclusión. Por un lado, las ciencias sociales y la tecnocracia analítica se alejan de los ensayos de interpretación

de lo nacional, lo regional o lo continental y los rechazan por su falta de sistematicidad, su carácter impresionista y su anacronismo. Pero, desde otro punto de vista, la literatura los destierra de su horizonte por su racionalidad, su no “ficcionalidad”, su insistencia en la crítica y su relación aparentemente directa con la comunicación de la verdad. Lo que aquí se pretende es mostrar cómo algunos de estos textos, pese a gozar de una clara orientación argumentativa, no renuncian a la capacidad que tienen las imágenes y las metáforas características del arte para ahondar en la comprensión de la especificidad social, política y geográfica. Y, por otro lado, se aspira a mostrar por qué, aunque se niegan a abandonar los linderos imaginativos y someterse a la instrumentalización lingüística, siguen teniendo una vocación crítica que puede decir algo a los lectores de hoy acerca de su comunidad. El diálogo del ensayo con otros discursos queda insinuado aquí como una de las posibilidades de mediación entre la literatura y el saber sistematizado.

Queda por hacer una consideración adicional sobre la manera en que están presentadas las ideas

en este trabajo. La redacción de *Orgullosa cortesía*, la investigación que dio lugar a la reflexión aquí presentada, se hizo con algunas limitaciones deliberadas, usadas como unos *etant donnés*, que ahora se conservan para mantener el espíritu divulgativo y descriptivo del trabajo. Por un lado, es un libro dirigido a lectores no especializados en teorías literarias o disquisiciones sobre la naturaleza del ensayo, la literatura o el arte.

Se dejan de lado tales explicaciones porque ya en otros lugares se ha acometido esta discusión. Por el otro, es un trabajo donde se prescinde al máximo de referencias bibliográficas accesorias. Como coda, el lector encontrará trece tesis sobre la lectura literaria del ensayo, que bien podrían encarnar una especie de poética sobre el género y una manera de entender la disposición estética que debemos tener frente a este tipo de textos. Finalmente, este es un trabajo que renuncia a la pretensión de exhaustividad. Por ello, es probable que los textos aquí mencionados deban complementarse con otros sobre los que otros podrían empezar a investigar. Textos que, sin duda, también se encuentran situados en el

punto equidistante entre el interés estético de la literatura y la pregunta antropológica, histórica y sociológica. Como ocurre con la misma práctica ensayística, trabajos como el aquí presentado necesitan futuras excursiones (más pacientes, más meticulosas) que superen y profundicen los planteamientos “generales” y entusiastas de una discusión apenas iniciada.